

NUESTRO CUERPO

«Quia domus mea domus orationis est. Vos autem fecistis illam spelucam latronum». (Mi casa es casa de oración; mas vosotros la tenéis hecha una cueva de ladrones). Ev. de San Lucas 19, 41-47.

Hemos oído el relato evangélico muchas veces, y, sin embargo, acaso no hayamos pensado nunca en llevarlo a la práctica.

Nuestro cuerpo —nuestro de un modo relativo ya que tal posesión es similar a lo que en términos jurídicos se denomina usufructo—, pues este cuerpo —repi-to—, es un templo con autonomía, con libertad de acción, y como tal, al mismo tiempo, en coordinación con todos los templos humanos, forman un templo gigantesco espiritual que es la Iglesia.

Nos sentamos a la puerta de nuestro templo con cara de serenidad, con una sonrisa que parece ser el reflejo de un espíritu tranquilo... y estamos vendiendo nuestros más escogidos pensamientos.

Asistimos al Sacrificio... y recorremos lugares ajenos al Misterio.

Hablamos de la gloria de Dios... y soñamos con el oro.

Predicamos la justicia... y obramos inicuaamente.

Hablamos de igualdad... y hemos hecho un embudo de nuestros corazones.

Nos construyeron en lo alto de un monte... y ¡cuánto hemos descendido!

La campana de nuestra torre nos llama a orar... y nuestros oídos están cerrados y el espíritu dormido.

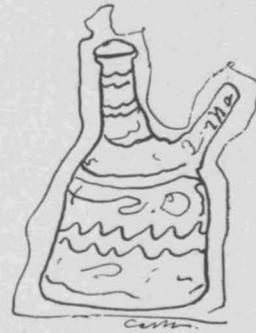
Nuestras altas puertas se hicieron para dar... Hoy sólo las abrimos para recibir.

Nuestro Tabernáculo... es lugar de contratación.

* * *

Hoy, que he sentido esta inquietud, no puedo por menos de hacer extensiva a todos, aun de modo tan incoherente... y me pregunto..., ¿qué haremos cuando Cristo nos diga que hemos convertido nuestro templo en cueva de ladrones...?

JOSÉ MARÍA GALVEZ PRIETO



MONOTONIA

El viento lleva las hojas;
se arremolinan;
y en el camino
besa la tierra roja
un ciprés que se inclina.

La lluvia va con el viento;
y el viento, en la carretera,
se ha llevado el sombrero
de un peregrino.

Cuando se inclina
sobre el camino
sus ropas en su cuerpo
se arremolinan.

El viento va con el agua
y el agua va con el río.
Hay un hombre tranquilo
que ha tirado el anzuelo
junto al molino.

El río lleva el anzuelo
unido a un pez, y es el río
quien con el azul del cielo
va siguiendo su camino.

.....
Y el hombre sigue tranquilo,
y el viento lleva las hojas,
y el agua va con el río;
y el río lleva el anzuelo,
y, en el borde del camino,
ha alcanzado su sombrero
el peregrino.

José M.^a GALVEZ PRIETO

